

juró vengarse de lo que él llamaba desprecio del orgullo español, y hacerse dueño, á todo trance, de la mujer que amaba.

Los pasos que dió para conseguirlo, nos lo dirá lo que sigue de nuestra historia.

CAPITULO IX.

A río revuelto....

Eran pasados dos dias, y la lucha entre las tropas del gobierno y los pronunciados, continuaba cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta.

En aquella cuestion, como ya hemos indicado, se resolvía la suerte de los pacíficos comerciantes españoles radicados en aquel país que amaban como se ama la patria de los hijos.

Con la ansiedad con que el reo espera su sentencia, esperaban tambien ellos el resultado de aquel combate decisivo, en que un bando pedia su expulsion y el otro los defendía.

Aumentábase la inquietud que les tenia

en continuo sobresalto, con la voz difundida en todas partes de que, si triunfaban los pronunciados, seria entregado á saco el Párian, punto únicamente comercial en que estaban todas las tiendas y almacenes de los comerciantes españoles.

Alarmados con esta noticia, que les presentaba un destierro envuelto en la pobreza, permanecian tras de las vidrieras de los balcones mirando los movimientos de los combatientes, respirando cuando avanzaban las tropas del gobierno, y abatiéndose cuando retrocedian ante el número crecido de los pronunciados.

Era el violento estado de la agonía en que el enfermo lucha entre la vida y la muerte.

Sus familias, participando de los mismos temores, permanecian afligidas y desoladas, orando en su interior por el triunfo de la causa que les libertaba de la miseria.

—¿Qué será de nosotros, padre mio!....

Decía una joven hermosa como las vírgenes de Rafael, estrechando la mano de un venerable anciano que, pálido y temblando

presenciaba una lucha terrible entre los que combatian en la calle.

El anciano, por toda respuesta, apretó entre su seca palma la helada de su hija.

—¿No me respondeis, padre mio?

—¡Silencio, Pilar!.... estoy mirando á la culebra que alimenté en mi seno.

Y el anciano siguió observando hácia la calle, sin apartar los ojos del punto en que los tenia fijos.

—¿Qué quereis decir?

—¿No escuchas su aterrador silbido? ¡No oyes en medio del estruendo de las armas, la siniestra voz de un hombre que pide nuestra muerte, excitando á los suyos al combate?....

Y el grito de *¡mueran los gachupines!* pronunciado debajo de los balcones por uno, y repetido por la multitud, vino á herir los oídos de Pilar que se puso á temblar como el tímido cervatillo.

—¡Ah!.... sí.... ya lo escucho.

Contestó arrimándose cuanto pudo á su padre.

—¿Y no la conoces?

—No recuerdo haberla oído nunca.

—Te equivocas, Pilar.

—¿Cómo!

—Esa voz la has oído muchas veces muy de cerca; dentro de esta sala; en nuestra misma mesa.

—¿Será posible?....

—Sin duda.

—¿De quién es?

—¡Mira!

Y D. Andrés, haciéndose á un lado de la vidriera, señaló á un personaje que, seguido de un numeroso pueblo armado, luchaba como un furioso, al ver que le disputaba el paso un corto número de soldados del gobierno.

—¡Rossi!

Exclamó horrorizada la hermosa Pilar, apartando la vista del sitio en que aquel combatía.

—Sí: el hombre á quien colmé de beneficios.

—Y el que ha jurado nuestra ruina.

—Primero morirá entre mis manos.

Exclamó Carlos, levantándose de una silla que estaba en el extremo de la sala.

—Modera tu furia, Carlos—dijo el anciano fijando con ternura los ojos en el nuevo interlocutor.—Nadie puede remediar lo que está decretado en el cielo.

—Pero puede morir defendiendo la causa de su padre.

Advirtió el intrépido joven disponiéndose á salir á la calle.

—¡Carlos!—dijo D. Andrés conmovido por el amor filial del joven.—Te prohibo que salgas.

—Pero....

—¿Quieres que en mi destierro lllore la muerte de mi buen hijo?.... ¿Quieres que el porvenir de tu virtuosa hermana Pilar, que como yo te ruega permanezca á nuestro lado, dependa de este pobre viejo que no estará ya en estado de proporcionarla las comodidades en que hasta hoy ha vivido?.... Si tal es tu intencion, parte, no te detengo; sufriré resignado este último golpe que me estaba reservado para morir.

Y los ojos de D. Andrés se cubrieron de lágrimas.

—No, padre mio, no.—Exclamó *Cárlos* conmovido.—Conozco que debo permanecer á vuestro lado, y no me separaré jamás.

—¡Ni él, ni yo!

Agregó llena de amor filial la interesante jóven, estrechando con una mano la de su amoroso padre, y con la otra la de su querido hermano.

—¡Gracias, hijos míos, gracias!

—¿Está vd. contento?

—Sí, *Cárlos*: ¿quién no lo estaría con hijos tan buenos como vosotros? Pero ¿no oyes?

—Sí;—dijo *Cárlos* mirando hacia la calle—los pronunciados van en retirada.

—¡Gracias, Dios mio!

Exclamó *Pilar* llena de alegría, arrimando cuanto pudo su rostro á los cristales del balcón.

—¡Es verdad!

Agregó *D. Andrés*, participando del regocijo de sus hijos.

—Era preciso—advirtió *Pilar*—que triunfara la causa de la justicia.

—No hay que confiar tanto, hija mia.

—¿Por qué?

—Porque puede ser un ardid de guerra para atraer al contrario y cargar luego sobre él sin darle tiempo á defenderse.

—¡Imposible!

—¡Gran Dios!....

Exclamó en aquel instante *Cárlos*, que no había apartado la vista de los que combatían.

—¿Qué pasa?

Preguntó receloso *D. Andrés*.

—¡Mirad!....

Contestó el arrogante jóven.

—Me lo temía—exclamó *D. Andrés*.—¿No os decía yo que no os entregáseis á risueñas esperanzas que harían doblemente terrible el desengaño?

—¡Funesto contratiempo!

Y los tres, pálidos, separando con la mano la cortina de la vidriera y respirando dificultosamente, presenciaban con los ojos

deseneajados, la escena sangrienta que tenía lugar en la calle.

Los soldados del gobierno habían vuelto á detener al enemigo, haciendo sobre él un nutrido fuego desde la esquina de la Diputación y del portal de Agustinos.

Porción de cadáveres y de heridos se miraban tendidos en el suelo. Las tropas del gobierno hacían inauditos esfuerzos por poner en fuga á sus contrarios, mientras éstos, conociendo que, forzando aquel punto, la victoria era segura, luchaban como leones, animados por Rossi que, dejando la espada y apoderado del fusil de uno de los muertos, hacía fuego como un simple soldado.

La ansiedad con que colocados detrás de la vidriera esperaban D. Andrés y sus hijos el fin del combate, era indescribible: cada paso que retrocedían los pronunciados, era una esperanza; cada paso que avanzaban, un golpe que les desgarraba el corazón; era la terrible agonía del atribulado naufrago que, combatido por las encontradas olas del revuelto mar, no bien una le conduce hasta

cerca de la playa, cuando viene otra y le arrastra al medio del Océano.

Allí se estaba resolviendo la fortuna, el porvenir de todos.

En la fisonomía de aquellos tres seres, identificados en intereses y en sentimientos, se marcaban la inquietud, el sobresalto y el dolor mas profundos. Parecía á primera vista que las facciones de los tres se movían al mismo impulso, bajo la influencia de afectos idénticos; pero examinados detenidamente, hubiera notado el ojo inteligente, que, en el semblante de Pilar había algo que no se advertía en los de los otros; un tinte pálido de profunda tristeza, como el que se retrata en las hojas de la perfumada flor al despedirse del astro fecundante que con sus rayos la da vida y hermosura.

Pilar, lo dirémos de una vez, á pesar de las palabras dirigidas á su padre, diciendo que nadie sino él ocupaba su pensamiento, amaba; y amaba con ese sentimiento puro, íntimo, constante, con que ama la mujer

cuando siente por primera vez el divino fuego del amor.

Un joven como ella fino, y como ella recomendable, habia logrado interesar aquel corazon de ángel, donde existia virgen el divinal pudor y enlazados el candor y la pureza. Era el primer amor; el primer latido de misterios indefinibles que inician al alma en los deleites puros, en los goces inefables de otro mundo que realiza lo ideal y que excede á lo creible: el primer sentimiento con que el corazon, dormido hasta entonces en la fria indiferencia, despierta á la vida; pero á esa vida de luz, de aromas, velada en los miríficos celajes que fiége la ilusion, donde todo sonrie á nuestros ojos, porque á todo presta formas y color la creadora mente de los amantes. ¡Qué mucho, pues, que pensara en aquel hombre que le habia hecho presentir un eden de inagotable felicidad, ahora que el destino la amenazaba con una separacion larga y dolorosa!

Entre tanto la lucha seguia en la calle cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta. Sin embargo, no podia durar mu-

cho tiempo: las filas de los pronunciados iban aumentando por momentos, y las tropas del gobierno empezaban á conocer que en aquel combate desigual, los esfuerzos que hacian eran estériles.

De repente cesó el ruido de las armas.

—¿Qué pasa, padre mio?

Dijo Pilar, acercando cuanto pudo el rostro á la vidriera.

—¿No ves!—contestó el anciano, poniéndose pálido como el papel;—los pronunciados avanzan sobre la Diputacion, sin que hagan fuego sobre ellos.

El grito de *victoria!* lanzado en aquel momento por uno de los bandos que hasta entonces habia combatido con terrible encarnizamiento, hizo estremecer á los tres personajes.

D. Andrés, Carlos y Pilar, impulsados por un mismo sentimiento, abrieron el balcon y asomaron la cabeza para ver lo que pasaba, olvidando el riesgo que corrian de recibir un balazo si por desgracia eran vistos.

Triste fué el espectáculo que se presentó á su vista. ¡Todo se habia perdido! las

tropas del gobierno huían sin oponer resistencia.

De repente una voz siniestra, lanzada por un oficial de los pronunciados, llenó de consternación á los comerciantes españoles y á la ciudad entera.

El oficial era Rossi, que inspirado sin duda por algun agente infernal, exclamó sediento de rapiña:

—¡Al Parian!

Y aquella palabra produjo los terribles efectos que se habia propuesto en su sed de venganza y de exterminio.

—¡Al Parian!

Contestó la multitud.

—¡Dios mio!.... ¡Van á saquearnos!....

Exclamó D. Andrés aterrado. Carlos, viéndole palidecer, corrió á sostenerle para que no cayera al suelo sin sentido. Pilar cerró el balcon y acercó una silla para que se sentara su amoroso padre.

Entre tanto el populacho, cual si hambriento lobo fuera, se arrojó sobre aquel sitio en que estaban reunidas las fortunas de todos los comerciantes españoles.

¡Singular contraste! Mientras los muchachos subían á las torres de las iglesias, y hacían que las campanas tocasen á vuelo anunciando el triunfo, la gente de todos los barrios se agolpaba á las puertas del Parian para entrarlo á saco.

—¡Adentro, amigos!.... Lo de los *gachupines* es nuestro.

Volvió á gritar Rossi, viendo que algunos titubeaban.

—¡Adentro!.... ¡Adentro!....

Repitió el grito que inundaba la plaza.

—¡Gran Dios!

Dijo D. Andrés, levantándose de la silla como si aquellas palabras le despertaran de un letargo.

—¡A dónde va vd., padre mio?

—Dejadme presenciar mi desgracia.

—Eso es imposible.

—¡Por qué?

—Porque le haria á vd. daño.

—Daño me hariais vosotros con prohibírmelo, hijos míos.

—Pero si no sucederá nada: esos no son mas que gritos aislados de unos cuantos.

—No lo creas, Carlos: he reconocido la voz del ingrato que favorecí en un tiempo, y ese hombre es capaz de todo.

—Pero....

—Os pido como amigo; os mando como padre.

Y sin que valiesen los ruegos de Carlos ni las lágrimas de Pilar, D. Andrés se avanzó al balcon, y se puso á mirar con la mayor ansiedad, por detras de la vidriera y cubierto por las blancas cortinas. Sus hijos se colocaron á su lado temiendo que no pudiera soportar el desgarrador espectáculo que presentaba la multitud agolpada al Parian, ocupada ya en derribar sus puertas.

A la noticia de aquel desórden, Guerrero envió alguna fuerza para contener al populacho; pero la medida produjo el efecto contrario; porque componiéndose de gente voluntaria sin disciplina, se dejó arrastrar del desórden general, se unió á la multitud, y todo fué allanado en el momento.

La plebe penetró en las numerosas tiendas que formaban aquel recinto, donde, por

fortuna, nadie vivia, y empezó á apoderarse de todo.

La habian hecho creer que cuanto tenian los españoles pertenecia al país, y en tal virtud declaró propiedad suya lo que aquellos á costa de afanes, de años y de honradez habian ganado, para dejar á sus hijos una posicion decente.

Aquel despojo lo consideraba el populacho, como una restitucion á su legítimo dueño.

Los españoles—decia—han hecho aquí lo que tienen, luego todo lo que tienen es nuestro.

Con tan extraña lógica, no es de admirar que calificase el ataque á la propiedad española como una cruzada digna de loa, y que se apoderase de ella en medio de los gritos de la alegría mas feroz.

Nada quedaba ya en pié.

El Parian, poco antes tan rico y admirado, presentaba ahora el aspecto mas triste y desgarrader.

No se veia por todas partes mas que desórden y confusion.

Aquí rompian una caja de fierro para apoderarse de las talegas de duros que dentro encerraba; mas allá arrojaba otro una rica pieza de tela para apoderarse de otra mejor que encontraba al paso: un poco mas lejos disputaban dos la propiedad de un enorme bolsillo henchido de onzas, y por todas partes se veia el suelo cubierto de pañuelos de seda, de finos paños y de gró, sobre el cual andaba la multitud apoderándose de los objetos que mas llamaban su atencion.

Los géneros mas exquisitos se veian en poder de aquellas masas sucias de la hez del pueblo que conducian á sus casas lo que no les habia costado mas trabajo que cojerlo, mientras que las familias de los ricos comerciantes, llenas de consternacion miraban un porvenir lleno de miserias y de padecimientos!.....

¡Dia horroroso, dia de llanto, dia de desórdenes, dia que nunca se borrará de la memoria de los buenos mexicanos fué el dia 4 de Diciembre de 1828!.....

En vano los jefes de aquel movimiento popular, trataron de evitar los desmanes á

que se entregó el populacho armado. Rotos los diques de la subordinacion, las masas no reconocian ya otro derecho que el de su fuerza; y Guerrero, que no contaba para hacerse respetar con otras bayonetas que con las mismas que le desobedecian, no tuvo mas remedio que doblegarse á las circunstancias, y tolerar el que se llevase á cabo la ruina de los comerciantes españoles.

Entre éstos, el que mas palpablemente presenciaba su ruina, era D. Andrés, por estar su casa en el Portal de Mercaderes, enfrente precisamente al Parian, donde, como todos, tenia su tienda.

El primero que habia penetrado en ella conduciendo á varios hombres de feroces rostros y peores hechos, fué Rossi que, deseoso de oro y de venganza, queria que presenciara el hombre que le habia favorecido y la jóven que le habia despreciado, que él era el autor de su desgracia.

—No dejemos ni la madera del mostrador—dijo al derribar la puerta—carguemos con todo lo que pertenece á ese *gachupin*.

—Con lo que le perteneció, porque ahora nos pertenece á nosotros.

Advirtió uno, echando sobre sus hombros lo mas rico que encontró á la mano.

—Y parece—añadió un tercero—que hay alguno detras de la vidriera que nos está *pelando el jalisco* (1).

—Es verdad.

Exclamó con satisfaccion Rossi, convencido de que presenciaba su venganza.

—Pues le quitaré la vista si le parece á su merced, mi capitán.

Dijo tendiendo el fusil hácia el balcon, un hombre en mangas de camisa y de sombrero de petate.

Pilar, asustada, dió un grito, y empujó á su padre hácia adentro, en cuanto vió que les apuntaban.

—No tires—exclamó Rossi—que así se acabaria pronto su agonía, y yo quiero alargarla todo lo posible.

—En ese caso—contestó retirando el fu-

(1) Caló del bajo pueblo de México que significa mirar de hito en hito.

sil—echemos el ojo á los géneros, y *cayetano la botica* (1).

Y al concluir estas palabras, cada cual se avalanzó á las telas que mas ricas le parecian, en tanto que Rossi se apoderaba del dinero que estaba en la caja.

D. Andrés, haciendo esfuerzos inauditos para desprenderse de los brazos de Cárlos y de Pilar, que no querian que presenciara la terrible escena de su ruina, logró acercarse por segunda vez á la vidriera del balcon, impaciente por saber la suerte que le habia tocado: fijó los ojos en el sitio en que guardaba la fortuna de sus hijos; y al ver que nada le quedaba, que la tienda estaba enteramente vacía, no pudo sobreponerse á su desgracia, y cayó sin sentido sobre una silla, pronunciando estas desgarradoras palabras.

—¡Estais en la miseria! . . .

Palabras que fueron á confundirse entre los alegres gritos del populacho, que se dirijia á sus casas cargado de riquísimos gé-

(1) Callemos la boca.

neros, la insultante risa de Rossi y el incesante repique de las campanas que en las torres de las iglesias agitaban los muchachos.

Mucho hubieran dado los caudillos de aquella revolucion, porque su triunfo no se hubiese manchado con desórdenes ni delitos: pero aquel deseo era estéril; se habia echado en brazos de gente insubordinada, y tuvieron que tolerar sus desmanes.

La noche vino por fin á cubrir con sus sombras los rastros que del pasado desorden aun quedaban en las calles.

Cárlos, que habia permanecido al lado de su padre procurando consolarle, se levantó de repente, cogió el sombrero y se dispuso á salir.

—¿Nos dejas?

Dijo el anciano, enviando á su hijo una de esas miradas suplicantes con que los desgraciados ruegan que no los abandonen.

—Sí, padre mio: está dando el toque de ánimas.

—¿Ni aun esta noche prescindes de tu salida?

—Hoy menos que nunca: he faltado las tres anteriores, y no tendria disculpa la cuarta.

—¿Cuándo están las calles llenas de gente insolentada!

—No importa: yo no corro ningun peligro, y aunque lo corriera lo afrontaria, porque le interesa á vd., padre mio.

—A mí no me interesa ya otra cosa, que estar á vuestro lado: no me quedan mas bienes que vosotros... que vuestro amor...

Interrumpió el desdichado D. Andrés, abrazando á sus hijos y derramando un torrente de lágrimas.

—¿Y quiere vd. exponerse á perder esos caros objetos, padre mio, porque yo le complazca permaneciendo aquí, entregado á la tristeza y á las lágrimas como dóbil mujer, sin energía ni valor?

—¿Perderos!... ¿qué estás diciendo?... —exclamó D. Andrés temblando como un niño, y apretando fuertemente entre sus heladas manos las de sus queridos hijos:— ¡Ah!... ¿tendrian entrañas para privarme

tambien de vosotros?.... ¡No, no.... eso seria imposible!....

—Créame vd.; solo con mi salida podré conjurar el terrible peligro que nos amenaza.

—Pero ¿no sabré?... .

—He dicho á vd. varias veces, que es un secreto que he jurado guardar.—No puedo decir á vd. á dónde voy, pero si asegurarle que trabajo porque nunca nos separen.

—Veo que es cosa decidida, y no quiero oponerme. Guarda tu secreto, y quiera Dios traerte á nuestros ojos sano y salvo como sales.

Cárlos besó con respeto la mano de su padre, abrazó á su tierna hermana, y marchó á la calle, dejando á los dos llenos de sobresalto, de tristeza y de dolor.

CAPITULO X.

El ángel y el demonio.

Era poco despues de oscurecer. Aún se veian en los arrabales y plazuelas hombres y mujeres del bajo pueblo embriagados con bebidas espirituosas, y tendidos sobre valiosos objetos de que pocas horas antes habian entrado en posesion de hecho, aunque no de derecho.

Los serenos recorrían las calles de la ciudad con la escalera al hombro, encendiendo los faroles, y varios grupos de gente armada se retiraban, unos á sus casas y otros á sus cuarteles, refiriendo cada cual las hazañas que habia hecho en aquel dia. Por lo demas, la poblacion permanecia en silencio, las puertas de los zaguanes de los prin-